

Josep M. Colomer

Ciencia de la política

Una introducción

Ariel Ciencia Política

78227

Cubierta: Ambrogio Lorenzetti (c.1290-1348), *Effetti del Buon Governo in città* (*Efectos del buen gobierno en la ciudad*), fragmento, 1338-1339. Palazzo Pubblico, Siena, Italia.

Las demás ilustraciones del libro provienen de: *Allegoria del Buon Governo* (*Alegoría del buen gobierno*), Palazzo Pubblico, Siena, Italia.

Primera edición: marzo de 2009

Título original:
Science of Politics. An Introduction

Traducción de Ferran Meler
Realización: Atona, S. L.

© 2009, Josep M. Colomer
© 2009 de la traducción: Ferran Meler
Derechos exclusivos de edición en español:
© 2009: Editorial Ariel, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona

ISBN: 978-84-344-1836-3
Depósito legal: B. 3.436-2009
Impreso en España por Book-Print (Barcelona)

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos.

Democracia

Probablemente el argumento menos exigente a favor de la democracia que se ha formulado es la famosa ocurrencia del primer ministro británico, Winston Churchill, de que la democracia «es la peor forma de gobierno si exceptuamos todas las demás que se han intentado». Esto se puede considerar una advertencia de que un régimen democrático puede que no garantice resultados políticos eficientes, pero puede ser preferible a cualquier forma de dictadura debido a otras ventajas. De hecho, actualmente hay democracia con altos niveles de libertades civiles y elecciones competitivas de los gobernantes en alrededor de la mitad de los países, en los que vive aproximadamente la mitad de la población mundial.

En este capítulo estudiamos los elementos esenciales de la democracia, así como sus relaciones con el desarrollo político, económico y social, con la guerra y la paz. Diferentes regímenes políticos pueden producir resultados diferentes. Pero el análisis muestra que ciertamente la democracia puede ser preferible, en conjunto, a los regímenes dictatoriales.

EN ESTE CAPÍTULO

Consideraremos la utilidad de una definición «minimalista» de democracia.

Aprenderemos qué significa «cultura cívica».

Analizaremos las relaciones entre democracia política y desarrollo económico.

Examinaremos si las democracias son más proclives a entrar en guerra que las dictaduras.

El ideal de democracia debería incluir la participación efectiva de los ciudadanos, la igualdad de voto y decisiones bien informadas tanto sobre la agenda de temas públicos como sobre las propuestas políticas para cada tema. Diferentes fórmulas institucionales pueden producir diferentes resultados de calidad democrática, como veremos en los siguientes capítulos. En la práctica, sin embargo, los elementos mínimos que hacen que la democracia sea mejor que la dictadura son la libertad y las elecciones. En este enfoque «minimalista» sobre qué es la democracia, el politólogo y premio Skytte Robert Dahl acuñó el concepto de «poliarquía». Sus componentes, centrados en los procedimientos para tomar decisiones colectivas, se pueden reformular del siguiente modo.

- Libertad de **asociación**.
- Libertad de **expresión** y de **información**.
- Amplios derechos de **sufragio**.
- Derecho a formar **candidaturas** para los cargos públicos y a competir en las elecciones.
- **Elecciones** libres y equitativas.
- Políticas de **gobierno** que dependan de los resultados electorales.

Las relaciones entre los procedimientos democráticos y sus resultados sustantivos, incluidos la capacidad de impulsar políticas públicas eficientes, el desarrollo económico, el bienestar de la población y la paz, serán analizados más adelante en este y en otros capítulos. Pero no es necesario incluir estas realizaciones en la definición preliminar de democracia. Una definición de la democracia sólo «procedimental», «minimalista» o «débil» es necesaria precisamente para poder analizar las diferentes relaciones que mantiene con otras variables políticas, económicas, sociales y culturales.

Derrocar a los gobernantes

Una prueba de si un régimen democrático funciona conforme a ciertos requisitos mínimos es la posibilidad de que los **gobernantes en ejercicio sean derrocados pacíficamente y reemplazados** como resultado de las elecciones. El filósofo Karl Popper afirmó que, para tener democracia, «basta con tener la capacidad de votar para echar a un mal gobierno». Sin embargo, para que esta condición se cumpla, se requiere un comportamiento exigente por parte de quienes ganan y pierden las elecciones.

En una democracia bien establecida, quienes ganan el gobierno deben seguir procedimientos establecidos para tomar decisiones políticas, las cuales deben ser reversibles, deben estar comprometidos a convocar futuras elecciones por medio de normas y reglas aceptadas colectivamente. Para que este comportamiento quede asegurado, los gobernantes deberían valorar si **los costes de suprimir la oposición son mayores que los de tolerarla**, lo cual puede implicar cierta capacidad de resistencia potencial de la oposición.

Por su parte, los que pierden las elecciones deben dimitir y dejar sus puestos si están en el gobierno y no tratar de rebelarse si ya se encuentran en la oposición. Se puede esperar que haya conformidad y asentimiento **si los costes de rebelarse son mayores que los de acatar el resultado**. Esto puede ser facilitado por reglas institucionales y electorales apropiadas que hagan aceptables los resultados y si las pérdidas derivadas de pasar a la oposición son relativamente bajas.

Así, entre las condiciones favorables para que los líderes políticos cumplan con las reglas básicas de la democracia se encuentran la existencia de organizaciones políticas y sociales relativamente sólidas, reglas institucionales y electorales equitativas para alcanzar el poder y el hecho de que quedar fuera del gobierno no comporte una desposesión completa de la influencia y los derechos políticos. Concretamente, los perdedores puede sentirse relativamente más inclinados a aceptar el resultado si las instituciones políticas existentes favorecen el poder compartido y la división de poderes, ya sea mediante la representación proporcional, las elecciones separadas para distintos cargos, o el federalismo, o si crean expectativas razonables de alternancia en el gobierno, como estudiaremos en próximos capítulos. Perder unas elecciones puede ser relativamente más aceptable si se han establecido líneas divisorias claras entre los ámbitos de actividad pública y privada, ciertas relaciones sociales no se hallan sujetas a decisiones colectivas vinculantes y ciertos temas conflictivos se dirimen mediante una distribución proporcional de recursos entre diferentes grupos.

El logro fundamental es el consenso acerca de las reglas del juego. Los grupos con intereses y objetivos contrapuestos deberían estar de acuerdo en que están en desacuerdo y ningún grupo debería tratar de dominar o reprimir a otro.

Consolidación

Se puede considerar que una democracia está consolidada si se aplica por sí misma, es decir, si los principales actores actúan ateniéndose de manera rutinaria a las reglas del juego. Alcanzar este estadio puede llevar tiempo. Ciertamente las democracias son más vulnerables cuando son jóvenes. Esto se puede observar con el hecho de que la duración media de las treinta y cuatro democracias establecidas después de la Segunda guerra mundial que acabaron siendo sustituidas por dictaduras fue de sólo unos diez años. En países cuyas instituciones democráticas han existido durante más de veinte años las quiebras y reemplazos por dictaduras debidos a crisis internas son poco frecuentes (las excepciones son Filipinas, que volvió a la democracia, y Líbano, Sri Lanka y Venezuela, que aún están en el camino). La inmensa mayoría de las nuevas democracias establecidas a partir del decenio de 1970, que en la actualidad son la mayoría de las democracias realmente existentes, han logrado sobrevivir hasta la fecha. **Cuanto más tiempo dura un régimen democrático, menos probable es que sea reemplazado por una dictadura.**

Tras un período de adaptación, se puede crear un consenso entre los líderes políticos y los ciudadanos acerca de los criterios básicos de la toma de decisiones. Este proceso puede asociarse al desarrollo de una «cultura cívica» o una «virtud cívica», la cual está formada por relaciones de confianza, cooperación y participación en actividades colectivas. Este tipo de comportamiento colectivo supone un conjunto de valores y creencias compartidos a favor de las reglas políticas básicas como adecuadas y dignas de ser defendidas.

En cierto momento, la democracia puede ser valorada por sí misma, aunque pueda dar lugar a algunos resultados políticos adversos. Tal como lo expresó el filósofo Bertrand Russell, «un demócrata no necesita creer que la mayoría siempre tomará una decisión sensata. Sin embargo, debería creer en la necesidad de aceptar la decisión de la mayoría, sea sensata o insensata, hasta que llegue el momento en que la mayoría tome otra decisión».

Tal como vimos en el capítulo 3 con el modelo del juego del Dilema del prisionero repetido, los actores pueden aceptar cumplir a corto plazo, pese a la posibilidad de obtener beneficios inmediatos que les reportaría el incumplimiento, si pueden esperar beneficios totales mayores a largo plazo. La cooperación mutua es más probable que se sostenga cuanto más prolongadas y duraderas son las relaciones de los ciudadanos bajo el mismo tipo de reglas. Cuando no hay grupos antisistema poderosos, todos los grupos importantes participan en las elecciones y tanto los ganadores como los perdedores aceptan los resultados electorales y respetan las reglas, en particular cuando se alternan en el gobierno, la democracia se estabiliza y se convierte en el «**único juego existente**».

RECUADRO MEDICIÓN DE LA DEMOCRACIA

Hay varios intentos de medir la democracia ya sea como un continuo que implica diferentes «grados» de libertad, ya sea con clasificaciones categóricas que comportan sólo una línea divisoria entre regímenes democráticos y no democráticos.

Una fuente ampliamente empleada es el informe anual «Freedom in the World», publicado por la fundación Freedom House, que está basado en opiniones de expertos. Usa diez indicadores de libertad política y quince indicadores de libertades civiles, en gran medida derivados de la Declaración Universal de los Derechos del Hombre, cuyos valores medios producen una escala del 1 al 7. Los países son clasificados como «libres» (con puntuaciones de 1 a 2,5), «parcialmente libres» (de 3 a 5) y «no libres» (de 5,5 a 7). Freedom House evalúa asimismo la «democracia electoral», que requiere elecciones libres y competitivas por sufragio adulto universal. Las «democracias electorales» incluyen a todos los países «libres» y algunos «parcialmente libres». El informe cubre todos los países y se publica anualmente desde 1972. Está disponible en www.freedomhouse.org.

El Polity Project sobre «Características y transiciones de régimen político, 1800-2007» proporciona puntuaciones de -10 a +10. Los países son clasificados como «autocracias» (con puntuaciones de -10 a -6); «anocracias» (de -5 a +5) y «democracias» (de +6 a +10). La base de datos de «Polity IV» abarca los países con más de medio millón de habitantes desde 1800. Está disponible en www.systemicpeace.org/polity/polity4.htm.

El «Index of democracy [índice de democracia]» de la Intelligence Unit de la revista *The Economist* se basa sobre todo en el «World Values Survey». Utiliza 60 indicadores distribuidos en cinco categorías: procesos electorales y pluralismo; libertades civiles; funcionamiento del gobierno; participación política; y cultura política, cuyos valores medios producen una escala del 0 al 10. Los países son clasificados como «democracias plenas», «democracias defectuosas», «regímenes híbridos» y «autoritarios». No incluye los micro-países. Está disponible en www.economist.com/media/pdf/Democracy_Index_2007_v3.pdf

Las clasificaciones de países con estos tres índices están muy correlacionadas. Hay clasificaciones comparativas en http://en.wikipedia.org/wiki/List_of_indices_of_freedom.

Ahora podemos identificar las circunstancias opuestas que pueden disminuir la probabilidad de una consolidación democrática. En sociedades económicamente pobres y polarizadas, en las que la gente desarrolla fuertes demandas redistributivas, se juega mucho en política y espera mucho del gobierno, puede ser difícil alcanzar un consenso sobre las reglas porque puede depender en gran manera de su capacidad de producir «buenos» resultados sustantivos. En esas condiciones, perder unas elecciones puede tener un coste muy alto porque puede haber una gran distancia política entre ganadores y perdedores en algunos temas importantes, la cual puede ser magnificada por expectativas alentadas por algún radicalismo ideológico. Incluso si hay incentivos institucionales para la cooperación, gente con intereses muy contrapuestos puede optar por no cumplir. Algunos individuos pueden sentirse motivados a pensar como el revolucionario Valdimir I. Lenin cuando, en la pobre Rusia de principios del siglo veinte, respondió al socialista liberal español, Fernando de los Ríos, «¿Libertad, para qué?».

La desafección de los perdedores puede ser impulsada por instituciones que favorecen la concentración de poder en un solo ganador absoluto. Asimismo los políticos pueden tener motivos para resistirse a obedecer si el disfrute del poder comporta grandes ventajas en comparación con oportunidades alternativas escasas de carácter profesional o privado. En resumen, la polarización social, la concentración excluyente del poder y la falta de consenso acerca de las reglas entre los líderes puede facilitar que algunos emprendedores políticos sin alternativas atractivas traten de obtener el apoyo de ciertos grupos contra otros para establecer un gobierno dictatorial.

PRUEBA RÁPIDA

- ¿Qué es una democracia?
- ¿Qué es cultura cívica?

DEMOCRACIA Y DESARROLLO

La democracia política y el desarrollo económico y social mantienen relaciones complejas y de refuerzo mutuo. En una dirección, el crecimiento económico y la complejidad social tienden a reducir los niveles probables de conflicto cuando se establece un régimen democrático y, por tanto, favorecen su viabilidad y duración. En la otra dirección, la democracia también puede crear condiciones favorables para el desarrollo económico y cultural. Estudiamos estas relaciones en dos secciones separadas.

CASO OLAS DE DEMOCRACIA EN EL MUNDO

Los regímenes democráticos se han difundido ampliamente por el mundo y a un ritmo mayor en épocas recientes. A fines del siglo diecinueve, se celebraban de manera regular elecciones competitivas a las asambleas legislativas en sólo nueve de los cincuenta imperios y estados que existían entonces. Éstos eran Francia, Suiza, Estados Unidos, Reino Unido, Nueva Zelanda, Canadá, España, Noruega y Bélgica. En todos estos casos, el sufragio de los hombres adultos (y de las mujeres en sólo un caso) fue instaurado entre 1871 y 1900 en el marco de regímenes institucionales previamente existentes (repúblicas sólo en los tres primeros casos y monarquías en los otros seis). Al final del siglo diecinueve, por tanto, sólo había democracia electoral en menos de una quinta parte de los estados existentes, un área habitada por menos del 10% de la población total, en tanto que la mayoría de la humanidad vivía bajo monarquías o imperios autoritarios o bajo dominación colonial.

La democracia se extendió, primero, al final de la Primera guerra mundial, cuando cayeron varios imperios en Europa continental y se crearon nuevos estados. El número de democracias se duplicó en veinte años. Sin embargo, casi todos estos nuevos regímenes democráticos desaparecieron a consecuencia de revoluciones, contrarrevoluciones y golpes de estado. Al iniciarse la Segunda guerra mundial, el número de democracias era casi el mismo que cuarenta años antes.

La democratización se extendió más ampliamente tras la Segunda guerra mundial con la liberación de Europa occidental, incluidos Alemania, Francia e Italia y de Japón. A ello le siguió la independencia de muchas colonias, empezando con la India y la formación de nuevos países en África y Asia, un período en el que el número de regímenes democráticos se multiplicó por dos.

Por último, la llamada tercera ola de democratización se inició a mediados del decenio de 1970 en el sur de Europa, incluidos Portugal, Grecia y España, se desplazó a América Latina, empezado con Argentina y Brasil, a algunos países de África y Asia, entre ellos Sudáfrica, Corea del Sur e Indonesia, y más espectacularmente a Europa central y oriental, empezando con Polonia y las repúblicas bálticas, donde el número de nuevos países también aumentó y el número global de democracias se multiplicó, esta vez por dos y medio.

A principios del siglo veintiuno, la democracia caracterizada por niveles altos de libertades civiles y elecciones libres en las que pueden votar tanto los hombres como las mujeres, existe en unos 90 países. Éste es el mayor número hasta ahora alcanzado, el cual equivale a casi a la mitad la población mundial. De hecho, estas cifras pueden subestimar la difusión de la libertad. Hay alguna forma de «democracia electoral» en dos tercios de los países independientes. Si se acepta la categoría intermedia de países «parcialmente libres» en la clasificación, entonces los países no libres o dictaduras estrictas abarcan en la actualidad sólo a un tercio de la población mundial, la mayor parte concentrado en el norte de África y Oriente Próximo.

FUENTES
Cultura cívica

Una democracia estable puede requerir un equilibrio entre competición y consenso. La aceptación de las reglas del juego político por todos los participantes importantes puede fomentar una cultura de cooperación y deber cívico que, a su vez, contribuya a estabilizar las instituciones.



Alexis de
Tocqueville
(1805-1859)
Pensador político

«El país más democrático de la tierra es aquel en el que los hombres en nuestra era han llevado a la perfección el arte de perseguir en común el objeto de sus deseos colectivos, y han aplicado esta nueva ciencia al mayor número de propósitos ... En los países democráticos, la ciencia de la asociación es la madre de las otras ciencias; el progreso en todas las demás depende de los progresos en ésta. Entre las leyes que rigen las sociedades humanas, hay una que parece más precisa y clara que todas las demás. Para que los hombres continúen siendo civilizados o pasen a serlo, es preciso que se desarrolle entre ellos el arte de la asociación y se perfeccione en la misma proporción en que aumenta la igualdad de condiciones.»

Alexis de Tocqueville,
La democracia en América (1835-1840)

«Los constitucionalistas han diseñado estructuras formales de la vida política que tratan promover el comportamiento leal, pero sin estas actitudes de confianza, este tipo de instituciones poco pueden hacer. La confianza social facilita la cooperación entre los ciudadanos de estas naciones y, sin ella, la política democrática es imposible ... Si no hay consenso en la sociedad, hay pocas posibilidades de que haya una resolución pacífica de las diferencias políticas que está asociada al proceso democrático. Si, por ejemplo, la elite en el poder considera a la elite en la oposición como una amenaza excesiva, es poco probable que los gobernantes acepten una competición pacífica por las posiciones de elite.»

Gabriel Almond y Sidney Verba,
La cultura cívica (1963)

«La comunidad cívica está determinada por un ciudadano activo, con espíritu público, por relaciones políticas igualitarias, por un tejido social de confianza y cooperación ... [Algunos países y regiones] tienen la dicha de contar con vibrantes redes y normas de participación civil, en tanto que otros viven con la maldición de tener una política estructurada verticalmente, una vida social de fragmentación y aislamiento y una cultura de desconfianza. Estas diferencias en la vida cívica acaban desempeñando un papel clave en la explicación del éxito institucional.»

Robert D. Putnam,
Making Democracy Work (1993)

El desarrollo favorece la democracia

A niveles bajos de desarrollo económico y social, los gobernantes y los miembros de los grupos sociales dominantes pueden temer que se introduzcan elecciones con amplios derechos de voto para seleccionar el gobierno. Los riesgos de las ampliaciones repentinas del electorado y, en particular, de dar el voto a los trabajadores y a otros económicos dependientes fue el tema, por ejemplo, de un debate seminal y esclarecedor en la Gran Bretaña de principios del siglo diecinueve. El liberal moderado Thomas B. Macaulay declaró que una reforma radical del sufragio haría peligrar la seguridad de la propiedad privada. Sospechaba que con el sufragio universal habría una mayoría numérica, una mayoría de pobres, que gobernaría, y esta mayoría, siguiendo sus intereses inmediatos, trataría de desposeer a la minoría de ricos. En consecuencia, Macaulay pensaba que aquellos que carecían de propiedades debían ser excluidos del sufragio, sobre todo «en países en que la gran mayoría vive al día». Aquellos temores de Macaulay parecieron halla confirmación en el bando contrario, por ejemplo, cuando el socialista revolucionario Karl Marx consideró que «el sufragio universal [sería] el equivalente del poder político para la clase trabajadora de Inglaterra, donde el proletariado constituye la gran mayoría de la población». Hubo debates similares en otros países durante el siglo diecinueve.

Una inferencia lógica de las correlaciones que acabamos de mencionar es que un proceso continuado de desarrollo económico puede producir una economía más diversificada, fomentar demandas de educación y modelar una sociedad más compleja. **Los niveles altos de riqueza colectiva pueden reducir la polarización social y de renta y, por tanto, disminuir la intensidad de los conflictos redistributivos.** Esto puede facilitar la aceptación de mecanismos pacíficos y legales para tomar decisiones colectivas sobre la base de los votos.

En concreto, si las clases trabajadoras y pobres superan el nivel de subsistencia (aquel «vivir al día») y tienen «algo que perder» además de sus cadenas o, mejor dicho, si tienen acceso a «una cantidad de lo habitualmente requerido como necesario para subsistir», tal como también lo formuló Karl Marx (aunque lo hiciera para la hipótesis contraria), querrán evitar revueltas y revoluciones arriesgadas que comporten niveles importantes de violencia y destrucción.

Entonces, en ausencia de una amenaza revolucionaria, la clase alta puede aceptar la apertura del sistema a cierto grado de pluralismo político. El riesgo de que una mayoría relativamente pobre pueda imponer una moderada redistribución de la renta y la riqueza por medios democráticos puede no desalentar a las clases ricas de aceptar la democracia electoral si pueden conservar aún una cantidad significativa de bienestar absoluto y si los costes de restablecer una dictadura severa les parecen demasiado onerosos. El desarrollo de medios financieros (a diferencia de una economía basada en la explotación de la agri-

cultura extensiva o los recursos naturales) puede asimismo crear una última vía de escape para los privilegiados, dado que, si los acontecimientos no siguiesen el curso esperado, podrían desplazar sus activos a otros lugares.

Los miembros de la clase media educada pueden actuar de cojín moderador y evitar un conflicto polarizado. Pero asimismo pueden presionar a favor de una mayor liberalización e inclusión en la medida en que esperen obtener beneficios propios de decisiones democráticas socialmente equilibradas debido a su crucial posición intermedia. Así, en general, **el desarrollo económico y los subsiguientes cambios sociales favorecen la viabilidad y la duración de los regímenes democráticos.**

Todo esto no evita el establecimiento de un régimen democrático en países menos desarrollados cuando cae una dictadura. De hecho, una serie de países pobres disfrutaban de democracia y libertades políticas en el mundo actual. La democracia no es un lujo. Si, pese a su pobreza, un país tiene una distribución de la renta relativamente igualitaria, una estructura étnica homogénea o muy variada (es decir, no polarizada) y un equilibrio de fuerzas entre diferentes grupos en el que ninguno es capaz de dominar absolutamente al resto, la democracia puede sobrevivir. Pero, en términos de probabilidad general, «una vez han sido instauradas, las democracias tienden a durar más en los países más desarrollados», tal como lo formularon el politólogo Adam Przeworski y sus co-autores.

La democracia favorece el desarrollo

Si bien el desarrollo económico favorece la viabilidad de la democracia política, podría darse el caso que, una vez establecida, la toma de decisiones democrática obstaculizara el desarrollo económico. Algunos economistas señalan que existe una contradicción entre mercado y democracia como principios alternativos para la toma de decisiones colectivas y la asignación de recursos. Un argumento afirma que una economía de mercado crea desigualdades de renta y riqueza que pueden ser difíciles de armonizar con un principio igualitario como el de «una persona, un voto». Por su parte, las decisiones democráticas tomadas por la regla de la mayoría pueden favorecer impuestos elevados y políticas redistributivas que tengan efectos negativos en la productividad económica. Tal como estudiamos en el capítulo 2, las oportunidades para la acción colectiva ofrecidas por un régimen político de libertad pueden favorecer de hecho la organización de grupos de interés que presionen al gobierno en beneficio de intereses minoritarios y a expensas de la mayoría. Pero si una acción colectiva creciente en la sociedad disuade la actividad económica productiva o más bien fortalece a los ciudadanos sigue siendo una cuestión abierta.

Instituciones económicas y políticas. Empecemos por señalar que el crecimiento y el desarrollo económicos no son un resultado directo de la democracia o de cualquier otra forma de régimen político. La expansión de la actividad económica y la producción depende, ante todo, de los cambios y las innovaciones tecnológicas, los cuales son un resultado del esfuerzo de científicos e inventores, el ingenio de emprendedores y el duro esfuerzo de pioneros ambiciosos. Pero, ciertamente, algunas iniciativas en favor de la actividad económica innovadora, la producción y el intercambio pueden ser ayudadas, estimuladas y protegidas por instituciones apropiadas.

Las instituciones clave que favorecen el desarrollo económico son aquellas que suelen aglutinarse bajo el concepto «regla del derecho», en las cuales se incluye la protección de los derechos de propiedad, las garantías para el cumplimiento de los contratos, una administración eficaz y una justicia independiente. Estas instituciones pueden evitar la consumación y difusión de los intentos de confiscación, el comportamiento depredador y la corrupción generalizada de los gobernantes, así como la diseminación de estafas y fraudes entre los comerciantes y en las relaciones entre empleadores y empleados.

Unas instituciones económicas eficientes pueden ser compatibles con una dictadura política, esto es, con la persecución de los adversarios de los gobernantes. Pero, bajo un régimen dictatorial, el futuro de las instituciones económicas puede estar amenazado por la arbitrariedad de los gobernantes, así como por la incertidumbre acerca de su sucesión. En cambio, la libertad política, esto es, las libertades civiles, de asociación, expresión e información, pueden dar un suelo más firme a la libertad y las instituciones económicas. Las instituciones políticas democráticas afianzan las instituciones económicas, haciéndolas más estables y creíbles. La información y la transparencia, en particular, permiten a la gente predecir las condiciones de su actividad futura e invertir a largo plazo. **La vigencia del derecho y la democracia tienden a reforzarse mutuamente.**

La democracia es asimismo más competente en la **provisión de bienes públicos**, como señalamos desde las primeras páginas de este libro. Los gobernantes autoritarios pueden preferir abstenerse de dar fuerza económica y social a quienes pueden escapar a su control. En cambio, la provisión apropiada de bienes públicos, como carreteras, infraestructuras y escuelas, que pueden ser fundamentales para la impulsión del crecimiento económico, es mayor en los regímenes democráticos con gobernantes responsables. Las demandas de educación, en particular, afloran característicamente cuando se puede prever un período de paz y estabilidad institucional.

Observe de nuevo, por favor, que tenemos que concretar los mecanismos por los que algunos gobernantes e instituciones crean condiciones favorables para el comportamiento de cierta gente, que es la causa directa de cualquier resultado colectivo. No es que los gobernan-

tes y las instituciones puedan promover el crecimiento o la depresión económicos por sí mismos. Pero si se dan los incentivos institucionales apropiados, es más probable que la gente se comporte a favor de la innovación y el crecimiento. Los innovadores, los emprendedores y los trabajadores esforzados pueden estar más dispuestos a seguir sus propias motivaciones si pueden prever recompensas a medio y largo plazo para sus esfuerzos e inversiones.

Las instituciones son, por tanto, una condición favorable y a veces necesaria para el desarrollo. Sin embargo, no son una condición suficiente. De hecho, bajo ciertas condiciones, la pobreza y el subdesarrollo pueden ser relativamente estables. Por ejemplo, en un país pobre, los miembros de la minoría educada puede que no estén interesados en la difusión de la educación porque ésta reduciría la ventaja competitiva de tener un título escolar y erosionaría sus posiciones relativas. Asimismo, una coalición populista de incompetentes puede rechazar la introducción de instituciones de mercado debido al riesgo de quedar excluidos como consecuencia de la ineficiencia general y de la baja productividad de la gente. Incluso si algunas instituciones proporcionan un entorno favorable, la gente motivada por intereses particulares y a corto plazo pueden desaprovechar la oportunidad de modificar su comportamiento, ya que ello podría provocar un cambio peligroso.

Democracia resistente. Las observaciones empíricas muestran que, en países con regímenes democráticos estables, males como la mortalidad infantil tienden a decrecer, en tanto que bienes como la esperanza de vida y la enseñanza secundaria tienden a aumentar. En general, la gente privada de derechos civiles y políticos tiene más probabilidades de quedar rezagada en materia de sanidad, educación y otros bienes sociales.

Una observación notable es que ningún país independiente y democrático ha sufrido una hambruna. Algunas de las hambrunas más célebres tuvieron lugar bajo el dominio británico en Irlanda, bajo dictaduras comunistas y con la colectivización de la agricultura en la Unión Soviética y en China con el fracaso del llamado «Gran Salto hacia delante», y en fechas más recientes bajo regímenes dictatoriales en estados fallidos como Etiopía, Corea del Norte, Somalia y Sudán. Los gobernantes dictatoriales tienden a atribuir estos fracasos a desastres naturales como inundaciones, sequía o pérdidas de cosechas. Pero las hambrunas «nunca se han materializado en un país que sea independiente, que celebre elecciones con periodicidad regular, que tenga partidos de oposición que expresen las críticas y que permita a la prensa informar libremente y poner en cuestión el acierto de las políticas gubernamentales sin una censura sistemática», como señaló el economista indio y premio Nobel Amartya Sen. India, en concreto, protagonizó un experimento natural cuando una serie de hambrunas, que a principios del decenio de 1940 aún eran devastadoras, desaparecieron

RECUADRO RIQUEZA ECONÓMICA Y RÉGIMEN POLÍTICO

Se han establecido nuevas democracias en países con niveles muy diferentes de renta per cápita. Suiza, Estados Unidos y el Reino Unido, por ejemplo, establecieron un amplio sufragio masculino a fines del siglo diecinueve cuando tenían unos niveles de renta per cápita comparables a los que en la actualidad tienen, pongamos por caso, Azerbaijón o Egipto, que son dos persistentes dictaduras. Asimismo, cuando Noruega y la India se democratizaron hace ya muchos decenios, eran países tan pobres como lo son hoy en día Birmania y Guinea, donde perviven desagradables regímenes autoritarios. Las pocas democracias que se establecieron en el siglo diecinueve en países pobres y lograron sobrevivir, conocieron con posterioridad procesos de crecimiento económico que contribuyeron a estabilizar la democracia. Sin embargo, en ausencia de iniciativas políticas, la prosperidad económica por sí misma no constituye una garantía de democracia. Algunas dictaduras que han alcanzado elevados niveles de riqueza en períodos recientes sobreviven. Dos casos extremos de autoritarismo, Singapur y los Emiratos Árabes Unidos, se cuentan entre los países más ricos del mundo, varias veces más ricos de lo que eran la mayoría de países cuando se democratizaron.

PIB per cápita en dólares internacionales

Democracias pobres				Dictaduras pobres (2003)			
Suiza 1874	2.397	Irlanda 1921	2.533	Argelia	3.133	Guinea	601
EE.UU. 1879	2.909	India 1947	618	Angola	871	Corea del N.	1.127
R. U. 1885	3.574	Israel 1950	2.817	Azerbaijón	3.394	Laos	1.322
Noruega 1890	1.709	Japón 1952	2.336	Myanmar	1.896	Libia	2.427
N. Zelanda 1890	3.755	Costa Rica 1953	2.353	Camboya	1.550	Pakistán	1.881
Canadá 1891	2.409	Jamaica 1962	2.722	Congo	2.006	Sudán	1.080
Australia 1900	4.013	Botswana 1966	473	Cuba	2.569	Turkmenistán	2.489
Finlandia 1907	1.834	Sudáfrica 1994	3.623	Etiopía	595	Vietnam	2.147
Suecia 1910	2.980	Indonesia 1999	3.161	Egipto	3.034	Zimbabwe	1.070
Democracias ricas				Dictaduras ricas (2003)			
Portugal 1974	7.048	Polonia 1991	4.738	Bahréin	5.589	Qatar	8.915
Grecia 1975	7.722	Hungría 1991	5.694	Bielorrusia	7.387	Rusia	6.323
España 1977	8.833	Checosl. 1991	7.439	China	4.803	Arabia Saudí	7.555
Brasil 1979	4.892	Estonia 1991	9.799	Guinea Ec.	13.562	Siria	7.698
Argentina 1983	7.383	Letonia 1991	8.707	Irán	5.539	Singapur	21.530
Corea del S. 1988	7.621	Lituania 1991	8.154	Kazajstán	7.655	Tailandia	7.195
Chile 1990	6.402	Taiwán 1996	13.895	Kuwait	10.145	Emiratos Á. U.	17.818

Nota: Para las democracias, los datos corresponden al primer año de la democratización más reciente. Para todos los países, el PIB per cápita se expresa en dólares americanos de 1990 con paridad de poder adquisitivo, como en Angus Maddison, *Historical Statistics* (actualizado en 2007).

de repente una vez alcanzada la independencia e instaurada una democracia pluralista y una prensa libre.

Durante los últimos decenios, no se ha encontrado ninguna diferencia estadística concluyente entre los índices anuales de crecimiento en países con democracia y en países con dictadura, ya sean países ricos o pobres. Sin embargo, esto puede deberse sólo a una falacia estadística que oculte una diferencia esencial entre los dos tipos de régimen político en cuanto a su compatibilidad con el crecimiento y con la depresión económicos. Algunas dictaduras pueden permitir o apoyar relaciones de libre mercado y el crecimiento económico, como hemos mencionado. Pueden buscar incluso legitimidad a través de un buen rendimiento económico. Pero las dictaduras son vulnerables a las crisis así como al impacto de choques externos. La vulnerabilidad es mayor si el modelo de crecimiento económico se basa en la explotación extensiva de algunos factores y es ajeno a los bienes públicos y al cambio tecnológico. En general, las dictaduras fracasan y entonces pueden caer. Cuando la dictadura deja de tener rendimientos acordes con su propio desempeño anterior, sus promesas y las expectativas de la gente, las protestas tienden a ir en aumento, al igual que las dudas acerca del futuro régimen, y el régimen acaba perdiendo apoyos.

Un buen ejemplo son los llamados «tigres asiáticos», es decir, el conjunto de países con regímenes autoritarios que tuvieron elevados índices de crecimiento económico durante los decenios de 1970 y 1980. Una súbita crisis financiera y la recesión económica en la segunda mitad del decenio de 1980 precipitaron procesos de cambio político en Corea del Sur, Taiwán e Indonesia. En muchos países, la democracia ha sustituido al autoritarismo en condiciones de declive económico. En cambio, las democracias son más compatibles tanto con el crecimiento económico como con la depresión. Se puede atribuir cierta responsabilidad por recesiones económicas a un equipo concreto de gobernantes, los cuales pueden ser depuestos por medio de elecciones regulares y procedimientos institucionales sin poner en cuestión el régimen político.

Así, **las dictaduras son más vulnerables a los fracasos económicos que las democracias.** Los períodos con un elevado crecimiento económico bajo dictaduras tienden a ser relativamente breves y abarcan a lo sumo una generación. Las correlaciones estadísticas entre regímenes políticos y rendimientos económicos antes mencionadas pueden deberse por tanto al hecho de que las dictaduras son incapaces de soportar recesiones y fracasos económicos profundos, en tanto que las democracias tienen más capacidad de resistencia. A muy largo plazo, unos índices de crecimiento anual relativamente modestos en condiciones de estabilidad institucional democrática pueden producir una importante acumulación de riqueza.

Éste es el resultado a largo plazo que suele captar la foto fija que asocia los países ricos con la democracia y los pobres con la dictadura.

CASO INDIA DEMOCRÁTICA, CHINA DICTATORIAL

China e India son los dos países más poblados del mundo. Las dos economías han venido creciendo recientemente a unos ritmos anuales impresionantes. Sin embargo, mientras la India es una democracia, China es una dictadura.

Cuando la India se independizó del dominio colonial británico, en 1947, la opinión general era que un régimen democrático no iba a durar en un país tan enorme, pobre, analfabeto y diverso étnicamente. La mayoría de opiniones eran tan deprimentes como la de un británico dueño de una plantación de té que predijo que «el caos prevalecerá en la India si somos tan necios como para dejar que los nativos lleven la voz cantante». De hecho la independencia fue seguida inmediatamente por la guerra, provocada por la separación de Pakistán, la cual causó más de un millón de muertos. El gobierno del dominante partido del Congreso, bajo el fuerte liderazgo de Jawaharlal Nehru, logró alcanzar cierta estabilidad. Pero los gobiernos formados del partido del Congreso, que pusieron en práctica políticas económicas proteccionistas e intervencionistas, presidieron un largo período de estancamiento económico, al que se alude con sorna como la «tasa hindú de crecimiento». De hecho, la democracia quebró. En 1975, la primera ministra Indira Gandhi (hija de Nehru) decretó el estado de emergencia. Se suspendieron los derechos civiles, miles de miembros de la oposición fueron encarcelados y cientos de periodistas fueron detenidos. Sin embargo, al cabo de dos años, Gandhi restableció las garantías legales y convocó nuevas elecciones, que ella y su partido perdieron. Cuando tras las siguientes elecciones volvió al poder, Indira Gandhi fue asesinada por sus propios escoltas. Desde fines del decenio de 1980, el sistema político de la India experimentó importantes transformaciones. El dominio de un solo partido fue sustituido por un sistema multipartidista, los gabinetes federales formados por una coalición multipartidista pasaron a ser la norma y un número creciente de gobiernos de los estados pasaron a ser gobernados por partidos locales y de la oposición. Si bien persisten algunos conflictos étnicos y territoriales, sobre todo en el Punjab y en Cachemira, ambos en las fronteras con Pakistán, los disturbios violentos se han convertido en incidentes rutinarios. La economía de la India, abierta al comercio y las inversiones exteriores, empezó a florecer.

La República Popular de China dominada por el partido comunista fue fundada sólo dos años después de la independencia de la India. Durante casi tres decenios, Mao Zedong dirigió una dictadura con importantes tendencias totalitarias, en la que no faltaron las campañas de movilización permanente como el «Gran Salto adelante» y la «Gran Revolución Cultural Proletaria», que provocaron varias decenas de millones de muertos y grandes desastres económicos. A partir de 1978, poco después de la muerte del dictador, el nuevo líder Deng Xiaoping promovió la liberalización económica y la apertura a las inversiones extranjeras bajo la consigna «hacerse rico es glorioso», las cuales fomentaron un rápido crecimen-

to. Sin embargo, el creciente malestar social no pudo ser canalizado a través de instituciones integradoras. La matanza de manifestantes en los alrededores de la plaza de Tiananmen en 1989 fue un sangriento escarmiento para futuros disidentes. Conflictos relativamente menores han amenazado con sacudir los cimientos de la estabilidad del régimen, como lo evidencian las tensiones relativas a la reivindicación sobre Taiwán, las demandas de autonomía en el Tíbet, las persecuciones religiosas y otras protestas.

En algunos países, sin embargo, aún hay gente que está dispuesta a renunciar a la libertad política y a la democracia con la esperanza de tener comida, seguridad y servicios públicos. Pero esta esperanza es probable que acabe frustrada. Si los dictadores hiciesen ricos a los países, África sería un coloso económico, como dijo en cierta ocasión *The Economist*.

PAZ DEMOCRÁTICA

Las democracias son menos proclives a luchar entre sí y a entrar en guerras que las dictaduras. Esto ha formado parte del acervo común al menos desde que el filósofo alemán Immanuel Kant identificó las condiciones de una «paz universal» a fines del siglo dieciocho. Junto con la libertad política, otras dos condiciones favorecen una paz internacional. Una es la interdependencia económica entre los países, la cual suele construirse mediante vínculos de comercio e inversiones internacionales. La otra es el derecho y las instituciones internacionales, incluidos los tratados de mutua cooperación entre estados democráticos. A continuación examinamos algunas de estas relaciones.

Paz por votos

La idea de una paz democrática supone una extensión de las normas democráticas internas para la resolución de conflictos sin violencia, es decir, mediante negociaciones y votaciones, a las relaciones entre estados. Sin embargo, este comportamiento internacional de los estados puede ser en realidad el resultado de una política exterior de los gobiernos guiada por motivos internos. Varios elementos esenciales distinguen los procesos que llevan a entrar en guerra en un régimen democrático y en uno dictatorial.

Ante todo, si los líderes políticos en una democracia están interesados en obtener apoyo popular y ganar las elecciones, es relativamen-

FUENTES

Correlaciones socio-económicas con democratización política

Las relaciones entre los procesos económicos y sociales y la democracia política han sido ampliamente analizadas por politólogos, sociólogos y economistas. Muchos análisis se centran en variables estructurales, como el nivel de desarrollo económico o las desigualdades de renta, que pueden crear limitaciones e incentivos para los conflictos y las coaliciones entre grupos, así como para las estrategias y decisiones individuales.



Seymour M. Lipset
(1922-2006)
Sociólogo político

«Quizá la generalización más común que vincula los sistemas políticos con otros aspectos de la sociedad ha sido que la democracia está relacionada con el estado del desarrollo económico. Cuanto mejor está una nación, mayores son las posibilidades de que mantenga la democracia ... El desarrollo económico, al producir un aumento en las rentas, una mayor seguridad económica y una generalización de la enseñanza superior, determina en amplia medida la forma de la «lucha de clases» ... Una clase media más amplia atenúa los conflictos al premiar a los partidos moderados y democráticos y penalizar a los grupos extremistas.»

Seymour M. Lipset,
El hombre político (1960)

«Un rasgo característico de las revoluciones burguesas es el desarrollo de un grupo de la sociedad con una base económica independiente que acomete los obstáculos heredados del pasado a una versión democrática del capitalismo ... Los aliados que este ímpetu burgués ha encontrado, los enemigos con los que se ha enfrentado, varían mucho de un caso a otro. Las clases altas terratenientes fueron o una parte importante de esta oleada capitalista y democrática, como en Inglaterra, o fueron apartadas en las convulsiones de la revolución o la guerra civil. Lo mismo se puede decir de los campesinos ... Sin burguesía no hay democracia.»

Barrington Moore, Jr.,
Los orígenes sociales de la dictadura y la democracia (1966)

«El desarrollo capitalista está relacionado con la democracia porque cambia el equilibrio de poderes de clase, porque debilita el poder de la clase terrateniente y fortalece a las clases subordinadas. La clase obrera y la clase media —a diferencia de otras clases subordinadas de la historia— adquieren una capacidad sin precedentes de autoorganización debido a avances como la urbanización, la producción en las fábricas y las nuevas formas de comunicación y transporte.»

Evelyn Huber, Dietrich Rueschmeyer y John D. Stephens,
«The Impact of Economic Development on Democracy» (1993)

«Las dictaduras pueden morir por tantas razones que se puede decir que el desarrollo [económico], con todas sus consecuencias modernizadoras, no desempeña un papel privilegiado ... Al fin y al cabo, muchos países europeos se democratizaron debido a guerras, algunas dictaduras cayeron tras la muerte del dictador que las instauró, algunas se desmoronaron debido a crisis económicas, otras por causa de presiones exteriores y otras aún por razones muy particulares ... [Pero] aun cuando el surgimiento de una democracia pueda ser independiente del nivel de desarrollo, la probabilidad de que este régimen sobreviva será mayor si se ha establecido en un país rico ... Una posible explicación de la durabilidad de las democracias en los países ricos ... es que la riqueza reduce la intensidad de los conflictos distributivos.»

Adam Przeworski, Michael E. Alvarez, José A. Cheibub y Fernando Limongi,
Democracy and Development (2000)

«La clase media desempeña un papel importante en el surgimiento de la democracia de varias maneras: 1) puede ser la fuerza impulsora de la democracia, sobre todo para el surgimiento de una democracia parcial; 2) puede ser favorable a la inclusión de los pobres en el escenario político, facilitando el paso de una democracia parcial a una democracia plena; 3) quizá del modo más interesante, la clase media puede actuar como amortiguador entre ricos y pobres al garantizar que la democracia no será muy anti-ricos y, por tanto, al disuadir a los ricos de recurrir a la represión o a la organización de golpes de estado; y 4) cuando la clase media está en el poder junto con los ricos puede desempeñar un papel de moderadora argumentando contra la represión y a favor de una transición hacia la democracia, la cual es menos costosa para la clase media que para los ricos.»

Daron Acemoglu y James A. Robinson,
Economic Origins of Dictatorship and Democracy (2006)

te probable que adopten políticas exteriores que puedan ser aceptadas por los votantes. Los ciudadanos pueden rechazar la guerra por temor a las bajas y a la desviación de recursos en principio destinados a otras prioridades. Los líderes, a su vez, pueden temer que una derrota militar se convierta en un fracaso político y les exponga al riesgo de perder el poder.

En segundo lugar, las instituciones de la libertad de información y de opinión pueden facilitar el debate público sobre las consecuencias previsibles de entrar en guerra. Para que los líderes políticos confíen en una iniciativa militar, los votantes deben estar suficientemente convencidos de que la causa es justa, la guerra se puede ganar y los costes no va a ser desproporcionados. Por último, un régimen democrático requiere seguir procedimientos institucionales concretos para declarar la guerra, los cuales suelen estar diseñados con la intención de evitar la arbitrariedad de los gobernantes.

Todos estos factores favorecen que los líderes democráticos se abstengan de embarcarse en guerras de agresión. El hecho es que los regímenes democráticos rara vez inician una guerra de agresión, prácticamente nunca entran en guerra entre ellos y en general minimizan la violencia política. Cuanto más democrático es un régimen político, menor es la probabilidad de que ejerza violencia, tanto dentro como fuera del país, y más probable es que sus relaciones exteriores sean más pacíficas.

Por otro lado, cabe sospechar que los líderes democráticos que se enfrentan a una fortuna política menguante debido a otras políticas fallidas, pueden sentirse impulsados a recurrir a la guerra, quizá incluso mediante la fabricación de un incidente internacional con alguna detestable dictadura, con la expectativa de que al ganar el conflicto aumenten sus posibilidades de conservar el poder. Se pueden documentar casos conocidos en los que así ha ocurrido. Pero, de una manera más habitual, los líderes democráticos pueden argumentar, más bien al contrario, en favor de las ventajas de la paz. Por decirlo con palabras del presidente de Estados Unidos, William Clinton, que de algún modo se hacían eco de las correlaciones entre paz y democracia que acabamos de mostrar, «En última instancia, la mejor estrategia para garantizar nuestra seguridad y construir una paz duradera es apoyar el avance de la democracia en todas partes. Las democracias no se atacan unas a otras».

Por supuesto, muchos pueden ser engañados algunas veces y aprobar o apoyar una guerra que puede resultar un desastre. Pero es más probable que unos pocos tomen este tipo de decisiones más a menudo si actúan en condiciones de secretismo y una ambición sin límites, es decir, en el marco característico para la toma de decisiones en las dictaduras. Los errores en democracia pueden ser corregidos mediante el reemplazo periódico de los dirigentes a través de elecciones y otros mecanismos legales. En general, los gobiernos democráticos encuentran relativamente más dificultades en la obtención de consenso social para emprender una guerra. Se enfrentan a una elevada probabilidad de que el sufrimiento que la guerra inflige en los ciudadanos lleve a su derrocamiento electoral pacífico.

De acuerdo con esta línea de razonamiento, es improbable que las **democracias** inicien guerras o conflictos, están más inclinadas a alcanzar acuerdos pacíficos, sólo **entran en guerra cuando tienen confianza en la victoria**, tienden a evitar las guerras desastrosas y cuando luchan en ellas, tratan de hacer que sean rápidas y sus costes bajos. En palabras bien fundadas de otro presidente de Estados Unidos, Ronald Reagan, «la Historia enseña que las guerras comienzan cuando los gobiernos creen que el precio de la agresión es barato».

En cambio, las dictaduras suelen coaccionar a sus súbditos para participar en una guerra y también pueden esperar la obtención de beneficios directos de las posteriores victorias militares. Los líderes dicta-

toriales pueden sentirse más libres para adoptar políticas impopulares, sabedores de que es menos probable que el disgusto público les haga perder el poder. Pueden incluso intentar vestir una derrota militar de éxito político mediante el ataque a los enemigos internos y la manipulación de los sentimientos patrióticos. **Las dictaduras son más proclives a entrar en guerras arriesgadas.** Las dictaduras tienden a emprender guerras de conquista y saqueo que producen masacres y destrucción masivas, entre las cuales se cuentan los llamados «democidios» (masacres con más de un millón de muertos), tanto dentro como fuera de sus países. Pueden incluso tratar de explotar la renuencia de los gobiernos democráticos a entrar en un conflicto armado mediante la amenaza, el chantaje o el ataque a países con regímenes democráticos. Al fin y al cabo, eso es lo que los dictadores y los tiranos de todas las tendencias han venido repitiendo una y otra vez: las democracias son demasiado cobardes para aventurarse a ciertas hazañas de agresión.

FUENTE

La paz universal

«Si como no puede ser de otro modo en esta constitución [democrática], es preciso el consentimiento de los ciudadanos para decidir si hay que declarar la guerra o no, es natural que duden mucho en lanzarse a una empresa tan arriesgada. Ello comportaría asumir todos los sufrimientos de la guerra, como combatir, costear los gastos de la guerra con sus propios recursos, reconstruir penosamente la consiguiente devastación y, para colmo de males, hacerse cargo de las deudas que amargarán la paz misma y que no se podrían pagar nunca porque siempre habrá la amenaza de nuevas guerras.

Por el contrario, en una constitución en la que los súbditos no son ciudadanos, es decir, en una constitución que no es republicana [democrática], ir a la guerra es la cosa más sencilla del mundo. Ello es debido a que el jefe del estado no es un ciudadano más, sino su propietario, la guerra no le impone el más mínimo sacrificio en lo que se refiere a los placeres de la mesa, sus cacerías, sus palacios de recreo y sus fiestas de la corte. Puede, por tanto, decidir la guerra sin ninguna razón justificada, como una especie de diversión, y dejar con indiferencia la justificación, por mor de seriedad, al cuerpo diplomático (siempre bien dispuesto para ello).»

Immanuel Kant,
La paz perpetua (1795)

La paz favorece la democracia

No sólo la democracia favorece la paz, sino que también la paz favorece las oportunidades para que la democracia se establezca y sobreviva. Como es bien sabido, algunas de las guerras más importantes fueron libradas por las potencias europeas en su conquista de territorios y poblaciones extranjeras en África, Asia y América, sobre todo entre los siglos diecisiete y diecinueve. Puede ser pertinente señalar que la existencia de imperios coloniales muy grandes se consideró tradicionalmente como incompatible no sólo con la libertad de los pueblos colonizados, sino también con la liberalización y la democratización del estado que era su metrópoli.

Ya en el siglo dieciocho, el liberal Adam Smith soñaba con que «Gran Bretaña debería renunciar voluntariamente a su autoridad sobre las colonias y dejarlas elegir sus propios gobernante, promulgar sus propias leyes y hacer la paz y la guerra como mejor consideraran oportuno», con el propósito de reducir gastos militares y desarrollar un libre comercio más ventajoso. El demócrata radical Jeremy Bentham, que también había sido partidario de renunciar a las colonias que Gran Bretaña tenía en América del Norte, envió un mensaje a la Convención Nacional francesa en el que proponía «¡Emancipad las colonias!»; con posterioridad, recomendó a los liberales españoles en las cortes constituyentes «¿Liberaos de Ultramar!», es decir, de las colonias en América Central y del Sur, en aras de un régimen más democrático en España. Incluso un socialista como Karl Marx, aunque fue más ambiguo en relación con los efectos «civilizadores» del colonialismo en Asia, confiaba en que la «emancipación de la clase obrera inglesa» se vería en gran medida favorecida por la independencia de Irlanda respecto de Gran Bretaña. De hecho, tanto Gran Bretaña como España, aunque a ritmos diferentes, no introdujeron el sufragio universal y elecciones libres y competitivas de un modo relativamente estable hasta que empezaron a desprenderse de sus colonias y, por tanto, redujeron su implicación en este tipo de guerras.

Según un recuento, de todas las guerras mayores entre estados, las cuales se definen como las que causaron al menos mil muertos al año en el campo de batalla y de las que se excluyen las guerras civiles, entre 1816 y 1991 (esto es, entre el final del imperio napoleónico y la disolución del imperio soviético), 198 fueron libradas entre dictaduras y 155 entre democracias y dictaduras. Tras decenios de guerras continuadas en Europa, sobre todo centradas en la rivalidad entre Francia y Alemania, y una vez concluida la más mortífera Segunda guerra mundial, los líderes políticos europeos reconocieron que la democratización era una condición fundamental para evitar nuevas guerras entre estados. Éste ha sido en realidad el mensaje y el requisito permanente que la Unión Europea ha planteado a los sucesivos y numerosos candidatos a formar parte del «club». La construcción de la Unión ha permiti-

tido que la mayoría de estados se ahorren la construcción de sus propios ejércitos. Más en general, en todo el mundo después de la Guerra fría, el número de guerras entre estados ha disminuido de manera espectacular, al mismo tiempo que la democracia se ha expandido por todas las regiones del mundo. Cuanto mayor es el número de democracias estables en el mundo, menos enemigos potenciales pueden tener las democracias y más amplias pueden ser las zonas de paz.

PRUEBA RÁPIDA

- ¿Qué relación hay entre democracia y guerra?

CONCLUSIÓN

Una definición minimalista de democracia basada en la libertad y las elecciones nos permite trazar una clara línea divisoria entre los regímenes políticos del mundo. En este capítulo hemos estudiado las condiciones en las que un régimen democrático puede ser establecido y aquellas que favorecen su estabilización y consolidación. Hemos visto que, comparadas con las dictaduras, las democracias son más resistentes a las crisis. Cuanto más dura un régimen democrático, menos probable es que una dictadura pueda reemplazarlo.

Las siguientes *Proposiciones* expresan varias conclusiones bien establecidas:

- *El desarrollo favorece la democracia.* El desarrollo económico favorece la viabilidad de los regímenes democráticos porque tiende a reducir la polarización de renta y social y mitiga la intensidad de los conflictos redistributivos.
- *La democracia favorece el desarrollo.* La democracia favorece el desarrollo económico porque está estrechamente asociada a la vigencia del derecho y es más competente en la provisión de bienes públicos.
- *Paz democrática.* Los estados democráticos son menos propensos a luchar entre ellos y a entrar en guerra que las dictaduras.

En la medida en que el número de democracias se expande por el mundo, existen condiciones más favorables para la prosperidad económica y la paz internacional.

RESUMEN

- La definición mínima de democracia incluye las libertades de asociación y de expresión, amplios derechos de voto, el derecho a competir como candidatos, las elecciones libres y equitativas y un gobierno que depende de los resultados electorales.
- La consolidación de la democracia implica que tanto los ganadores como los perdedores acepten los resultados electorales y respeten las reglas. Puede estar asociada a una cultura cívica que favorezca la confianza, la cooperación y la participación en actividades colectivas.
- Cuanto más tiempo dura un régimen democrático, menos probable es que sea reemplazado por una dictadura.
- El desarrollo económico favorece la viabilidad de la democracia porque reduce la polarización social y de renta y mitiga la intensidad de los conflictos redistributivos.
- La democracia favorece el desarrollo económico porque se halla estrechamente asociada a la vigencia del derecho y es más competente en la provisión de bienes públicos.
- Las dictaduras son más vulnerables a los fracasos económicos que las democracias.
- Las democracias son menos proclives a enfrentarse unas con otras y entrar en guerra que las dictaduras. Sólo luchan cuando confían en la victoria, mientras que las dictaduras son más propensas a entrar en guerras arriesgadas.

CONCEPTOS BÁSICOS

Democracia. Gobierno por medio de libertad y elecciones.

Consolidación. Democracia es tanto para los ganadores como los perdedores el único juego existente.

Cultura cívica. Valores de confianza, cooperación y participación en actividades colectivas.

Vigencia del derecho. Derechos de propiedad, garantías de los contratos y una justicia independiente.

Paz democrática. Las democracias son menos propensas a las guerras que las dictaduras.

PREGUNTAS DE REPASO

1. ¿Qué es una democracia?
2. ¿Qué es cultura cívica?
3. ¿Qué relación existe entre el desarrollo económico y la democracia política?
4. ¿Qué relación hay entre la democracia y la guerra?

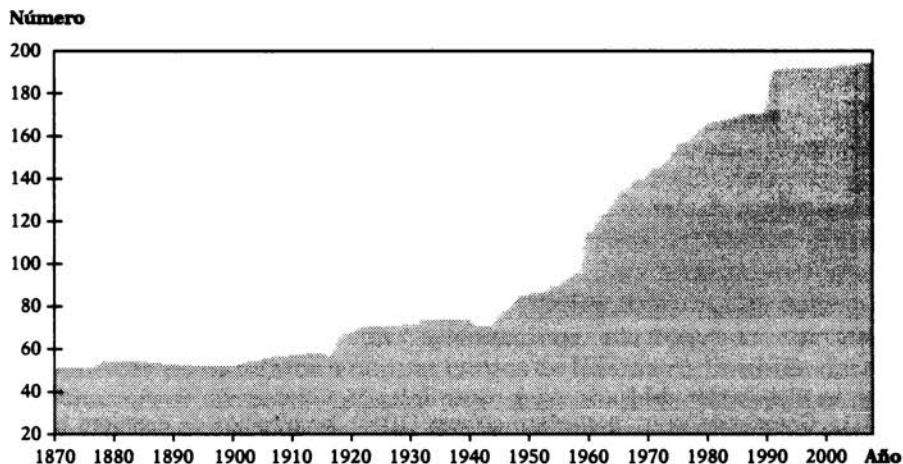
PROBLEMAS Y APLICACIONES

1. ¿Cuáles son los tres países más poblados del mundo que en la actualidad tienen regímenes democráticos?
2. Busque la renta per cápita de los tres países identificados en la pregunta anterior. Comente.
3. En el caso de su país, por favor, busque:
 - a. La población total.
 - b. El número total de electores censados.
 - c. Cuánta gente votó en las últimas elecciones generales.
 - d. Comente.
4. Lea el recuadro «Riqueza económica y régimen político». Analice.

La construcción de los países, 1870-2007

En los recientes procesos en el mundo, el modelo westfaliano de construcción de grades estados soberanos iniciado en el siglo diecisiete ha sido reemplazado por una proliferación de pequeños países. La unificación de varios territorios bajo una única fuente de poder se impuso de forma especial en Francia, el Reino Unido, España y Suecia, seguidos más tarde por Alemania e Italia. Desde entonces, el número de países en el mundo casi se ha cuadruplicado. Mientras que había sólo 50 países independientes en el mundo en 1870 y una cifra similar en 1900, un total de 193 estados son miembros de la Organización de las Naciones Unidas en 2008. Con la proliferación de países, el tamaño medio de los países disminuye. Actualmente, el tamaño del país mediano es de unos siete millones de habitantes.

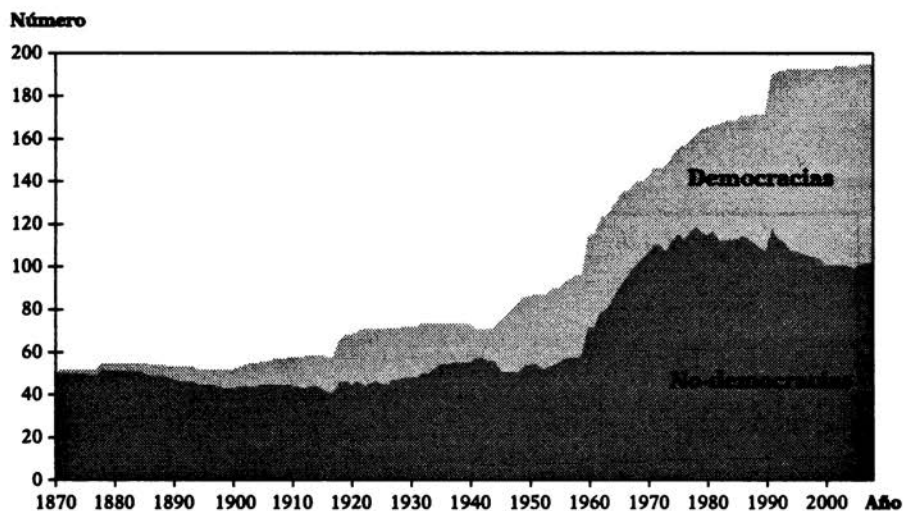
Número de países



Democracia y dictadura, 1870-2007

Los regímenes democráticos están ampliamente difundidos en el mundo. A fines del siglo diecinueve, había democracia electoral en sólo una quinta parte de los países reconocidos, mientras que el 90% de la población mundial vivía bajo monarquías autoritarias, dictaduras o el dominio colonial. En cambio, a principios del siglo veintiuno, alrededor de la mitad de los países y de la mitad de la población del mundo viven con regímenes democráticos y la otra mitad vive bajo dictaduras.

Número de democracias



FUENTES: Elaboración del autor con datos en Josep M. Colomer, *Instituciones políticas* (2007) y *Grandes imperios, pequeñas naciones* (2006), la colección de Freedom House (1972-2007) y Polity IV.